

## IX

**S**E llaman los arribeños así, porque viven del centro para la parte por donde viene el río de su nacimiento; y á los abajeños se les designa de tal modo por la causa contraria; es decir, que los arribeños van en contra de la corriente y los abajeños la siguen, estando entre dos aguas los del centro puesto que no se les tiene por arribeños ni por abajeños, y se quedan neutrales en aquella enconada y eterna discordia de tirtios y troyanos, de montescos y capeletes; sin embargo, como no habían de permanecer á brazos cruzados, cuando se les alborotaba la vena levantisca, allá se afiliaban con abajeños ó con arribeños, según les venía en gana; de tal arte hecha esta división de partidos y este lí-

mite de demarcaciones, ni los de abajo concurrían á fiestas y juegos de los de arriba, ni á los de arriba les estaba permitido mezclarse en asuntos y festejos de los de abajo; y ¡guay de aquel que por cualquiera circunstancia pasaba de un campo enemigo al otro! Se le declaraba traidor á su bandera y se le aplicaba la pena que por tan denigrante falta merecía, sin recurrir á deliberaciones agitadas ni ajustarse á ninguna ley escrita ni leída: «el ojo por ojo y diente por diente» de las sagradas Escrituras se cumplía al pie de la letra.

Con este rigor por norma, sucedió, tal vez, que Timbilla, el profazador de Timbilla, hubo de cambiar de barrio por disposición de sus padres; y de arribeño que era, convirtiéndose de la noche á la mañana y por motivo de la mudanza de domicilio, en abajeño neto; y para mayor más vituperable afrenta, cambió también de escuela, con lo que había de trasladarse de todo á todo, así en ideas como

en partido, á despecho de su tranquilidad. Estaba el toque, como afirmaba tío y con perjuicio de su persona, sentenciada, en atraparlo en tiempo y lugar por el desacato á feroz y ejemplar castigo. Dejó la compañía del tío Renda, ninguna otra parte del centro se valía tío Sur y de Gañote, del Chango y castigar ni atacar á ningún enemigo, por Sapo, sin mucha extrañeza y con poca per el centro punto neutral, y, lo que es na (para reducir á cinco los siete peñas, estar en él la cárcel, la policía y las dos capitales de la escuela de Don Prtoridades que contenían, resguarda- dencio, y ponerlos en uno en la de Dean é impedían á los combatientes. Facundo), y encontró la de Chencho, N Pero como todo tiene su castigo en este cho, Luis Catorce, Pepe Palitos y omisero mundo, no había de ser Timbilla muchos, tan traviesos y valentones con único que escapara al celo de la jus- los primeros, los cuales al principio de los mortales, que andaba entonces confiaron del nuevo condiscípulo y de manos de tío Renda, tío Sur, el Chan- pués lo tuvieron entre ojos por su no go y Gañote, tan manoseada y venida á rregida chismografía. El conciliábulo fué largo y la discusión tratada que en las del encomendero acalorada á la salida de la escuela; el capataz que, separados por siglos, Sur condenaba sin apelación á Timbilla tienen á ser un propio y sañado verdugo. tío Renda no lo condenaba menos y Así estaban estas cosas de justicia, ñote pedía á grandes voces el castigo cuando á Timbilla se le ocurrió huir de traidor; el Sapo, por no mover la boca escuela un sábado, y en vez de irse por se quedaba callado. Tierra de cristianos se metió en la de mo-

ros, que fué venir del barrio de abajo de arriba.

Tío Renda con aquella su mirada ce-tera le puso la vista encima al panzudo de Timbilla en momentos que éste tra- pasaba el puente «García,» para adarse á la flor del berro en ranchos y ardurriales; tío Renda al ver á Timbilla no pudo reprimir un grito de alegría, con el cual estuvo á pique de echar á perder la ocasión que se le ofrecía de atrapar á Timbilla; pero se contuvo en sus arranques, escurrióse presto y fuése á dar aviso á sus compañeros en dos trancos, con lo que no daría lugar á que el pájaro volara; pues sabido era de tío Renda que Timbilla correría camino adelante del puente, que es todo derecho y no cuenta con vericuetos y encrucijadas.

Como aún no era hora de entrar á la escuela, tío Renda no tuvo sino ir al lugar donde la camarilla tenía siempre formada rueda para jugar á la rayuela, al trompo y al toro; y luego como avisó

Gañote y al Chango, que se descrismaban por dar con Timbilla; vinieron todos y en un volar alcanzaron al traidor que caminaba sin temores, despacio; parándose aquí, saltando allá y silbando en todas partes con un contento que le salía en el balanceo de su cuerpo adiposo y chaparrero.

Ya que le tuvieron á buen tiro, no se pudo contener Gañote y gritó con fuerza:

«¡¡Ora lo veráj sinvergüenzo!!»

Le cogió tan de nuevo el formidable grito al perseguido muchacho, que se quedó un instante indeciso, viendo de hira en hito, ya al Chango, ya á Gañote, ya á tío Renda; pero pasada la sorpresa, se decidió en un santiamén la distancia que se separaba de sus jurados enemigos, dió un salto mayor de lo que su rechonchez prometía; tomó pie en una cerca, alcanzó un árbol y se trepó por él con agilidad pasmosa, que el miedo saca las fuerzas más recónditas, y allí creyó encontrar

abrigo y salvación contra el intempestivo ataque.

«Ya ejtá en la trampa» — exclamó tío Renda sentándose debajo del árbol.

«Tú — dijo á Gañote — pásate al otro láo de la cerca y aplástate ái pa que no coja por dentro, y el Chango y yo cuidamos por ejte láo.»

Timbilla, entretanto, se devanaba los sesos por hallar el momento de escaparse de las garras de sus verdugos.

«Ya que noj cansemo de eiparar á este hijo de la tarántula,\* me trepo y veráj como se abaja. . . .» — dijo tío Renda bastante fuerte para que lo oyera Timbilla.

Y siguió diciendo en igual tono de voz: «Gañote y yo lo agarramo, y tú, Chango, le montas. . . ya verá, ya verá qué é tío Renda! . . . . Y que se lo sople mentáo de Amamiche. . . .»

Pasó una hora y á Timbilla no se le advertía gana de bajar del árbol, y demoraba, muy á las veras, que en él se veía libre su cuerpo de golpes y estropesos

con buenacomodo de supersona en asiento muy de su agrado; pero los de abajo, á quienes impacientaba el mal deseo de Timbilla de estarse allí cual fruto prohibido pendiente del árbol, no hallaban igual reposo, antes se tenían por burlados, y con pensar esto, dejaron para mejor ocasión tan obligada quietud, yéndose todos al tronco del árbol, y de dos manotadas y tres pernadas se subieron; viendo Timbilla invasión tan violenta, dejó la rama en que tomaba resguardo y con manos y pies subióse hasta la copa, la cual resistiría el peso de uno, pero con el de muchos se desgajaría y vendrían todos al suelo arracimados, con lo que ganaría turno Timbilla, á riesgo de algunos rasguños y contusiones, de tomar muy lindamente las de villadiego; estaba muy bien pensado su intento; pero fué tan corto de ventura en su demanda, que antes de alcanzar la copa se quebró la rama y al venir al suelo se quedó un instante en el aire asido de un brazo del

árbol, por lo que perdió la fortuna de verse libre y sufrió heridas en la cara y desde los hombros de la improvisada caballería, dábanle garros en los pantalones, amén de que los repetidos golpes, frecuentes torniscos y persecuidores estaban ya apercibidos, menudos papirotazos, agudos pellizcos debajo del árbol esperando que caese, y toda suerte de maltratos y rigores, al extremo de no dejarle lengua pa-

Y se descolgó Timbilla con gran regocijo implorar clemencia y solicitar perdón de los encarnizados verdugos que le rodeaban aquellos inquisidores. Golpeado, esperaban con ansia para saciar en él sus jadeante, magullado, maldecía interiormente de su mala suerte, y acordábase

Con fuerza tomó Gañote á Timbilla por más de lo que es cuenta, y fuera de todo las muñecas; tío Renda lo agarró de los respetos, de las respectivas madres de tobillos; lo suspendieron en el aire para aquellos gañanes que le maltrataban y probar el peso, y conviniendo en que era tan difícil como si fuera indómita bestia. menuda la carga, lo bajaron al suelo; entonces el Chango, con liviana destreza, se montó en un caballo. . . . puej ¡toma, toma, por le montó por la barriga y á un ¡hupa, hu-chijmoso, por embustero, por traidor! . . . pa! levantáronlo con todo y jinete, y á cada Toma, toma por collón!» Y para cada da levantamiento el Chango le golpeaba con los talones del Chango repicaban los talonés, más fieros que si tuviesen que era una carraca.

Al cabo lo dejaron, mas por haberse ran espuelas, sonándole á hueco las costillas al desventurado Timbilla; y cansado aquellos verdugos que por quedaba en este tormento la saña de los blandárseles el alma con los gritos de tres ejecutores, sino que le jalaban cruel dolor y los lamentos de lástima que da-

ba el atropellado muchacho, que salió de la brega quebrantado los huesos, desclavados los dientes, rotas las ropas y jadeando delante la lengua, con lágrimas en los ojos y ronquidos en el pecho.

«No querías, anda, anda Timbilla, que en toavía no é náa! . . .» —decía con ferocidad tío Renda.

—«¡Dale duro y parejo!» —añadió Galante.

—«¡Falta castigarlo por traidor. . . ¡ejto jué por chijmoso y lengua larga!» —afirmó el Chango.

Tío Renda se había alejado un tanto dentro del lugar en que habían montado y decoyuntado al pobre Timbilla; vio un naranjo, no muy copudo, cuyo tronco estaba minado de hormigas que en hilillos se iban á saciar con la miel del fruto que aún no llegaba á sazón.

«¡Aquí!» — exclamó tío Renda con el mismo gozo que los esbirros de Cortés en Holguín al dar con el árbol donde colgaron al último emperador de los mexicanos.

A este tronco trajeron á Timbilla, y queras que no queras, lo amarraron con los cáñamos que usaban como faja los malvados granujas; bien ceñido de manos y pies allí lo dejaron á merced de las hormigas, que al sentir las patadas del muchacho, hincaban su airado aguijón en las acardenaladas carnes y se subían en legiones por el cuerpo, impedido para defenderse y huir del riesgo. . . .

Así castigaron aquellos valientes el crimen horrendo del infeliz Timbilla.

Cosas de la justicia humana.

